

¿Hubo alguna vez un millón de seguidores del Jazz?

Había una vez un país en el que se otorgaban anualmente unos Premios llamados Cervantes. Había una vez, también, una emisora de radio que —el mismo día del fallo del Premio— concibió la feliz idea de preguntar a la gente de la calle qué conocía del tal Cervantes, ya que a lo mejor no estaba de más refrescar la memoria sobre tan ilustre pluma. Bien; a la pregunta ¿conoce usted alguna otra novela de Cervantes aparte de *El Quijote*? Hubo una respuesta tan genial que sospecho no la habrían ideado ni los mismos Martes y Trece. La respuesta fue “Sí, hombre, claro, aparte de *El Quijote*, Cervantes escribió una *Obras Completas*”. ¿No es genial este país?, que gran acervo cultural.

Viene esto a cuento de una encuesta encargada por la multinacional japonesa Pioneer a la empresa de estudios sociológicos Market AAD, encuesta que lleva por título “Preferencias, aficiones y cultura musical de los españoles”. Vamos a comentar los resultados de tal consulta sin olvidar en ningún momento que la cultura media de ese país del que al principio de estas letras se hablaba es una cultura televisiva, y por tanto superficial, escasa y, frecuentemente, ridícula.

Hay que señalar que el 41% de las respuestas proceden de jubilados y amas de casa, y esto por un motivo: forman el grueso de la sociedad en esta España de fin del milenio, y son objeto —sobre todo las amas de casa— de campañas publicitarias más indignas que las que puedan recaer sobre cualquiera de los otros segmentos de la sociedad. No es “cultura” lo que se vende a las amas de casa, es, simplemente, basura. Otra señal importante: el 75% de las respuestas procede de las ciudades; el resto, campo. Y de nuevo por un solo motivo: así está distribuida hoy la sociedad española. Este dato es especialmente sugerente porque derriba el mito de la ciudad como centro de irradiación cultural. La ciudad —sobre todo la gran ciudad— embrutece al individuo, le impone distancias —que no sólo son geográficas— cuando quiere acceder a los actos culturales y apaga sus deseos de cultura porque suele ser cara, elitista, centralizada y aburrida. Existe la impresión de consumir productos culturales como si de productos gastronómicos se tratara, y de ahí proviene la consideración de *productos culturales óptimos* a los que mayor audiencia poseen, independientemente de su calidad, belleza e intención.

LOS RESULTADOS

¿Quién es el compositor favorito? don José Luis Perales, “cantautor” —jolin con el cantautor— que tiene tras de sí una legión de casi cinco millones de admiradores de sus finas y variadas composiciones. Le sigue don Wolfgang Amadeus —perdón, gran Mozart—; tras él don Joan Manuel Serrat, otro “cantautor” —jolin de nuevo con los cantautores— y, después el eximio e ilustre don Luis Cobos —gran compositor él— por delante de don Ludwig Van —perdón, gran Beethoven.

La lista es larga, pero cabrea observar que una inmensa pléyade de inútiles supera, por ejemplo, a Quintero, León y Quiroga, tan españoles ellos; o que no se cita ni a un solo compositor de música de jazz. ¿Juan Carlos Calderón es compositor de jazz?

¿Quién es el cantante? No, no es Plácido Domingo, paradigma de la tenorez lírica. El primero es él, simplemente él, don Julio Iglesias. Detrás de él, el cantante del franquismo don Manolo Escobar, y más atrás otra vez don José Luis Perales. Grandes voces las tres, no cabe la menor duda, sobre todo la del primero. En cuarta posición Don Plácido, y en el puesto 55 —compartiendo plaza con Loquillo, Paul Simon, Rosendo Mercado y algunas otras grandes voces— encontramos a Montserrat Caballé. Es alucinante lo pasota que es este país, pero aún lo es más el comprobar el inmenso poder que tienen las televisiones, radios, asesorías de imagen y agencias de publicidad, entes capaces de convertir a medianías en grandes estrellas. Tampoco hay en esta lista un solo cantante de jazz. Ni de aquí ni de allí.

También es gracioso lo de los grupos musicales preferidos. Ganan, claro está, The Beatles, porque ellos no son un grupo musical, ellos son el *grupo musical*; después nuestros queridos compatriotas votan masivamente a los lánguidos Mecano, a aquella cosa que se llamaba Mocedades o a los abuelitos del Dúo Dinámico. Qué lamentable. En esta lista, ¡por fin!, aparecen los conjuntos de jazz (sin especificar) y en el puesto 77, aunque muy bien acompañados por la Orquesta Compostela y algo llamado Stripper.

Datos para la reflexión: el 82% de los españoles no tiene ningún estudio musical y el 72% se pasó todo el año 90 sin asistir a ningún concierto de música moderna. (Digamos que es

Andalucía la zona donde la gente acude más veces a conciertos modernos, claro que, como después veremos, también es la zona donde más se aprecia la música de jazz.) En la música clásica nos superamos, y casi podemos solicitar nuestro ingreso en el *Guinness* con una excelente marca: el 86,1% de la población no fue a un solo concierto de música clásica en 1990. Qué total.

Vamos a lo nuestro y no lloreis todavía, que no hay para tanto. Nuestro amado estilo nos convierte en unos bichos raros que no coinciden en gustos con el 82,2% de la población (todos esos bandarras opinan que el jazz no les gusta “NADA”). Otro 8,2% dice que le gusta “POCO” (o sea, “NADA”); un 6,9% de gente castiza opina que “BASTANTE” (o sea, “ALGO”) y luego estamos nosotros, la *crème de la crème*, la selecta minoría que decimos que sí, que nos gusta, y mucho. Esta selecta minoría (un 2,7% de la población), equivale a un millón y medio de personas, así que chavalas y chavales que vibraís con Parker, con Mingus, o con el lucero del alba pintado de negro, pensad un momento en que, si bien no somos la masa electoral del PSOE, tampoco haríamos una mala oposición.

Mención especial merece Andalucía, que supera a cualquiera de las demás en sus preferencias por la música de jazz. El jazz, incluidas todas sus variedades, se escucha principalmente de Despeñaperros para abajo, donde es elegido por un 49,7% de la población. ¡Ahí es ná!

Parece verdad que la cultura siempre ha sido asunto de minorías. Hasta me atrevería a decir que así debe ser. Pero se observan en esta encuesta síntomas de una desidia cultural y musical francamente atroces. No sé cómo sería un colectivo de 40 millones de personas cuyo compositor preferido fuera Prokofiev y su cantante Renato Carosone, pero se ve que con estas respuestas —que teóricamente, hay que respetar por mayoritarias— se está consagrando un modelo cultural/musical sentado en el trono de la zafiedad, construido con dinero —no con talento—, dirigido por expertos en mercadotecnia —no por artistas— y consumido por becerras —no por ciudadanos.

¿Es esto lo que queremos? Nosotros, en *Cuadernos de Jazz*, no. ¡Ah! y difundid la revista, a ver si rescatamos a alguien de las tinieblas!

Diego Manuel Olmos